

GABRIEL Y GALÁN O LA NECESIDAD DE SER EN LA PALABRA ESCRITA

JOSÉ M.^a GABRIEL Y GALÁN

En la literatura existen unos cuantos escogidos que prodigan el vaciarse en la palabra escrita movidos por una necesidad vital, que vale tanto como respirar o alimentarse, y cuyos orígenes se remontan a un tiempo en el que incluso la memoria del propio interesado no alcanza; a ese tiempo de la infancia en el que se produce el mágico encuentro con el verbo (instrumento para contar y sentir) y la posibilidad de materializarlo en signos. También hay otros autores que llegan con mayor madurez a la decisión de escribir y ser en la palabra perdurable, esto es, en la palabra difundida o impresa, y cuyo origen arranca de experiencias vitales de la más diversa índole (ser más allá del tiempo, tornarse voz de una denuncia social, hacerse narrador de sucesos históricos, encontrar en la facilidad y gracia adquiridas para la literatura, merced a una formación concreta, un medio de sustento, y así un largo etcétera y etcétera que todos conocemos). Tal distinción, apreciación tan rancia en antigüedad dentro de los entresijos de la historia de la crítica literaria, no significa la bonanza de uno u otro escritor en virtud de la causa que motivó su quehacer. Entiendo que ninguna denominación de origen es más gustosa que otra, ni de entrada nos confiere mayor confianza por la concreta procedencia; lo que importa es el placer que el resultado provoca, y el placer afortunadamente es un concepto cargado de individualidad.

Pero es verdad que para entender a Gabriel y Galán conviene retomar la idea de su pertenencia a ese primer bloque apuntado, a esa necesidad de ser en la palabra escrita, ya desde los primeros tiempos de la

infancia. Ser sin pretensión alguna, sin plan preconcebido, sin conciencia de unidad escrituaria, sin una buscada imitación de modelos y formas; ser voz en papel emergiendo la respiración de lo escrito en cualquier lugar o tiempo, el campo o el escritorio, el amanecer o el ocaso.

Son numerosas las referencias que nos hablan de esta necesidad de ser en la palabra; en artículos y biografías sobre Galán, asaltan al lector recuerdos de quienes le conocieron, que se retrotraen a sus años de infancia y llegan hasta el momento en el que el subconsciente, en las horas próximas a la muerte, en medio del delirio febril, se torna voz para sí hecha poesía. Pero aún en el caso de no haber contado con las confesiones de los testigos que con él moraron y con los contemporáneos que compartieron muchas de sus experiencias vitales, la propia obra del poeta, y la del narrador, sustentaría este convencimiento.

Sabemos, gracias al testimonio de sus primeros maestros en Frades, sobre todo al de Don Claudio Gómez Álvarez, que Pepito, como por entonces era apodado en su pueblo, descollaba entre sus compañeros de escuela por su inteligencia y por su aplicación a los estudios, pero que para lo que siempre reveló una decididísima afición fue para la poesía y que ya en la temprana edad de doce años se dedicaba a formar interminables listas de palabras asonantes y consonantes que anotaba sea en las cubiertas de los libros, en las orillas del papel o en las pizarras manuales. Ya con doce años leyó el maestro versos bien hilados de Pepito, y a los catorce el adolescente volcaba en la palabra escrita sus vivencias más cercanas y las que más le sobrecogieron durante toda su vida, las del campo, las faenas agrícolas de recolección, de acarreo y trilla¹.

Esta necesidad –insistimos en el concepto necesidad– no puede perderse en el tiempo, porque dijimos que era respirar o alimentarse (“bálsamo” y “oxígeno” para su espíritu es la escritura, dirá Jesús Gabriel y Galán Acevedo)², y nos consta que el adolescente y el joven, junto a sus composiciones sobre asunto agrícola y seguramente también junto a sus incursiones poéticas versadas en las prontas vivencias cinegéticas compartidas con el padre, satirizó los devaneos políticos paternos, y sobre el particular conocemos afortunadamente dos títulos “El manifiesto electoral” y “La aristocracia del lugar”³. Escribir siempre: “yo siempre he sentido el

¹ Gabriel y Galán Acevedo, Jesús, *José María Gabriel y Galán. Su vida. Su obra. Su tiempo*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2004, págs. 33-35. Véase también García Carraffa, Arturo y Alberto, *Gabriel y Galán*, Madrid, Juan Pueyo Luna, 1918, págs. 30-32.

² *Idem.*, pág. 141.

³ *Idem.*, págs. 35 y 40.

comezón irresistible de escribir, ¿sabes?, pero para mí solo” (dirá el poeta)⁴. Fue voz en el papel durante su etapa salmantina, en las vacaciones estivales en Frades, en su encuentro universitario con Madrid, en su abrazo al desconocido mar en Galicia; escribir para sus alumnos, con sus alumnos, escribir tras partidas y reencuentros, escribir en jornadas de caza, en el volver al espectáculo gozoso de la naturaleza siempre. Citemos los títulos “Versos de estío”, “Los encantos de la noche”, “la Fuente Vaquera” “Adiós”, “Mañanas y tardes”, “Mi primer suspiro”, “Perros caballos y liebres”, “El ojeo”, “La espera”, “La codorniz”, etc. Estas últimas inéditas, aguardando ansiosos su pronta salida del archivo familiar.

Además, la necesidad de ser voz para la poesía (con sus más que mencionados por los biógrafos célebres recitados desde época universitaria) alcanzará la vida entera, siendo especialmente revelador el hecho de que la muerte acogiese al hombre con versos en los labios, de manera no buscada, sino como un fruto de esa necesidad vital, que vale tanto (insistimos) como respirar o alimentarse⁵.

Al analizar la producción escrita de José María Gabriel y Galán hallamos la evidente consecuencia de este particular vivir en la palabra. Esto es, sus poemas impresos tal como los conocemos (también su narrativa) no conforman libros en los que la unidad exista como valor destacable. Nos hallamos (exceptuando, y con ciertas reservas *Campesinas*) con antologías o poemarios, nunca con libros de poesía. No existe en su legado escrito trazado ni hilazón interna, ni plan alguno, literariamente hablando. La obra de Galán está cosida para la imprenta mediante la recopilación de poemas escritos en tiempos y circunstancias diversas y la cronología individual de cada poema desvela aún más lo que apuntamos. Es bien sabido que el escritor charro publicaba sus composiciones en un ramillete vario de revistas y periódicos y que cada poema constituía una unidad en sí mismo; de ahí que encontremos, por ejemplo, algunos poemas en *Campesinas* que fueron publicados en prensa incluso con anterioridad a *Castellanas*, en el año 1901.

Verdaderamente la temprana muerte del muy joven Gabriel y Galán nos cercena; no sabemos si en la madurez que no gozó hubiese encaminado su inspiración hacia una búsqueda de entidades poéticas superiores, de libros de poesía cerrados en unidad, como parecemos entrever en

⁴ Gabriel y Galán, José María, *Cartas y poesías inéditas*, ed. de Casto Blanco Cabeza, Madrid, Lib. Sucesores de Hernando, 1919, carta de 20 de febrero de 1893, pág. 207.

⁵ Todos los biógrafos reproducen el hecho apuntado, vid, p. ej. García Carraffa, *op. cit. supra* nota 2, pág. 122, o Yscar Peyra, Fernando, *Gabriel y Galán, poeta de Castilla*, Madrid, Espasa Calpe, 1936, pág. 239.

Campesinas y como el propio autor confesaba en febrero de 1903 a su hermano Baldomero, cuando le daba noticias de un poema llamado “Ana María”, dividido en cuatro cantos, y compuesto en cuatro metros, un proyecto que abandonó finalmente⁶.

En este sentido, no debe el lector caer en la tentación de cimentar la unidad del conjunto en virtud de la sensación de uniformidad que la temática va hilando, porque la fidelidad a lo sentido hecho voz para todos escasamente tiene que ver con ese plan preconcebido y meditado que gozosamente conceden al lector los libros de poesía.

Para ser fiel al propósito que se me ha encomendado, disertar someramente sobre los aspectos literarios del vate, eludiré cualquier aspecto biográfico (excepto al tratar el asunto social en el que es inevitable la mirada al epistolario), centrándome en los contenidos de su legado escrito. Y lo haré (aun habiendo sido ya estudiado por numerosos críticos) repasando los temas centrales de su poesía y las posibles influencias literarias que pesaban sobre Galán⁷.

Respecto a este último punto aún no alcanzo a comprender cómo en los reducidos círculos de los que, por una u otra razón, hemos entrado de pleno en la obra galaniana existan quienes pretendan crear dos bloques en disonancia y se afanen en prodigar tal atonía: la de los que como yo entendemos que no existió una *imitatio* literariamente buscada, meditada, recreada por el poeta y aquellos que, rastreando las posibles huellas de fuentes literarias en Galán y defendiendo la adaptación de esas fuentes a la estética particular del poeta, parece que nos acusan de tildar de ignorante al poeta o al menos de creerlo carente de cultura libresca. Creo que plantear esta dicotomía entre los críticos no hace sino daño a la entidad de la obra galaniana.

En absoluto, contradiciendo ciertas opiniones, el filólogo que como yo se acerca a la lectura de Galán entiende que desligar al poeta de una posible imitación de modelos anteriores es un mérito añadido para el salmantino, antes al contrario; creo que no caben más comentarios ante tal despropósito para quienes disfrutamos de la intraliteralidad de los textos en el fluir atemporal de sus autores. No iniciamos y retomamos la lectura

⁶ Gabriel y Galán Acevedo, *op. cit. supra*, nota 1, págs. 404-405.

⁷ Un esbozo de los temas centrales de su poesía pueden encontrarse en Fernández Daza Álvarez, Carmen, “Introducción a la *Antología poética*” de José María Gabriel y Galán, Madrid, Castalia, págs. 42-52. En la misma puede repasarse la bibliografía básica sobre el autor y las carencias encontradas allí por el lector súplense en Gabriel y Galán Acevedo, Jesús, *op. cit. supra* nota 1, págs. 789-801.

del salmantino con el prejuicio de considerar su obra fruto de la espontaneidad, de la sencillez, de la aislada inspiración. Ni mucho menos lo consideramos, por desconocimiento del autor, una isla poética ajena a las corrientes coetáneas.

Pero un hecho evidente es que no monta tanto que sin buscarlo el poeta lleguen a sus labios y sus manos versos ajenos sin ser de ello consciente (motivado por el poso de una cierta cultura libresca que aflora espontánea) y otra bien distinta es ser intencionadamente creador partiendo del depósito de una tradición literaria renovada en formas y contenidos, generadora con sus modos propios de una nueva visión del legado cultural literario. Creo que en la obra de Galán no existen guiños intencionados a la continuidad literaria de uno o varios modelos concretos. Pero ello no se apunta por mi parte como descrédito a su labor, ni como fruto de su ignorancia. Sí, claro que sabemos del olor en sus versos de Bécquer, de Zorrilla, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Medina... y que merced a este aroma podemos alcanzar atrás a Castillejo o Meléndez Valdes... Claro que no somos tan ciegos para no leer en el dulcísimo *Ubi sunt* extremeño de “El Cristu benditu” el tópico literario que tanto gozaba Galán en Jorge Manrique. Claro que sabemos que en traducciones al español había conocido a ciertos clásicos latinos, sobre todo en las antologías al uso, y que con casi total seguridad en los años escolares sus maestros en los dictados literarios elegirían junto a nuestros clásicos (Calderón o Lope) algunas piezas latinas, especialmente Virgilio, autores romanos a quien luego leería Galán en la hermosísima traducción de Fray Luis de León⁸. Mas no era, a mi entender, una lectura asimilada con la intención hilarla a su proyecto poético.

En un trabajo aún inédito y meritorio del profesor Laguna Mariscal, alguna de cuyas conclusiones se hallan recogidas en jugoso artículo, se han entresacado las referencias a la mitología latina en la obra galaniana, así como la presencia de alusiones a personajes de la civilización clásica; ambas referencias son a la par que escasas, absolutamente tópicas, manidas a lo largo de la tradición literaria, y algunas de ellas conocidas por representaciones no literarias en la cultura popular de los no lectores (las sirenas, Venus, el niño alado Cupido con las flechas, Neptuno, Ceres, o Febo como sinónimo de amanecer). Por otra parte, aunque la huella de Virgilio, huella aislada en algunos versos y no buscada con intención literaria (insistimos) es del todo cierta, y aunque asimismo alguna vez halle-

⁸ Gabriel y Galán, José María, *Epistolario seleccionado por Mariano de Santiago Cividanes*, Madrid, Lib. Fernando Fe, 1918, pág. 202.

mos el eco de Horacio, quizás a través de Garcilaso de la Vega, mucho más forzados nos parecen los paralelos con los elegíacos latinos, con Séneca, o con Juvenal⁹.

Evidentemente no pretendo con ello imponer a los demás un criterio basado en mi idiosincrasia lectora, en mi mundo particular: mundo literario; todos sabemos (parafraseando a Vargas Llosa) que la literatura es la vida reconstruida y rectificada para hacerla próxima a nuestro conocimiento, a nuestro deseo, a nuestras vivencias y experiencias; la vida rehecha, cambiada, añadida; de ahí que mi juicio pueda ser tan válido como el de quien a él se oponga.

Pero en verdad es en el análisis de los temas que bullen en la poesía galaniana cuando más plenamente entiendo que los paralelos hallados en la tradición clásica son una mera coincidencia y cuando una vez más el escribir que vale como respirar para el poeta, me asalta como una constante ineludible en toda su producción escrita; se produce una perfecta correspondencia entre el hombre y su obra, entre una vida y la palabra que de esa vida manaba.

En el poema que tituló “Mi música” (*Nuevas Castellanas*) apuntaba algunas de las fuentes que, emergiendo del pueblo, se convertían en el mejor sonido de su poesía, en su auténtica inspiración: la contemplación de la naturaleza, a la que amaba, la familia, las canciones tradicionales, el trabajo en el campo, las costumbres populares, la devoción cristiana, la muerte, la injusticia social. Todos ellos eran los temas inagotables de su poesía, tal como años antes había referido a su amigo Casto Blanco Cabeza, esos granos apiñados en torno a un único tallo, decía Emilia Pardo Bazán: la tradición¹⁰.

Y tradición, como ya expresé por escrito en el año 2001 al referirme a Galán¹¹, sólo ha de interpretarse en el sentido literal de la palabra, sin mancillar el término con el sobrepeso semántico que ciertas corrientes del pensamiento han querido engrosar o con los colorines sectarios de muchos que, sin haber leído la obra de Galán igualan tradición a burguesía, a mentalidad retrógada o a cualquier postura rayana al extremismo.

⁹ Laguna Mariscal, Gabriel, *La tradición clásica en la poesía de José María Gabriel y Galán* (en prensa). Véase el artículo del autor “La Tradición clásica en José María Gabriel y Galán”, en el *Boletín de la Real Academia de Extremadura*, Tomo XI, año 2000-2001, págs. 250-284.

¹⁰ Pardo Bazán, Emilia, Prólogo a *Nuevas Castellanas*, Salamanca, Imp. y Lib. de Francisco Núñez, 1905, T. III, págs. III-XXXVI.

Entiendo que para abordar la obra de Gabriel y Galán hemos de partir de que toda ella está cimentada en su profundo sentido cristiano, en su pasmosa y envidiable ortodoxia, en su fe. Pero desde luego Galán no fue un místico –en él desborda el realismo– ni tuvo intención de componer poesía religiosa (nunca albergó la idea de recopilar en un tomito sus versos devotos como tras su muerte ocurrió en la edición de *Religiosas*), ya que el sentimiento religioso de Galán es la más inagotable-eterna inspiración para su vida, es decir, para su poesía, ese Dios, Theos Kalós, al que por amor se llega y que sólo por fe se sostiene. Y escribió: “Si el tema es de verdad poesía no se agotará jamás. Yo sí podré agotarme mañana, pero el venero sentimiento de lo bello y de lo bueno, es inagotable, como que viene de un océano que no tiene hondón ni orillas... Llámalo Dios”¹².

De ahí que en la poesía de Galán no hallemos vacilación en la creencia a causa de un elemento doloroso e incomprensible a ojos del hombre, de ahí que su rebeldía tenga algunos límites, que sea imposible un debate teológico en sus líneas. La fe es creer sin que medie la razón. Por ello los misterios teológicos, aceptados sin vacilaciones, no provocaban en él luchas internas y el amor a Dios a través de lo creado era la inspiración más pura que llegaba a sus manos para tornarse voz de gratitud clamando entre sus líneas. Y Galán es el poeta que inevitablemente torna oración el final de sus versos o sus versos todos (sean “Las sementeras”, “La romería del amor”, “Tradicional”, “Fe”, “La Inmaculada Concepción”); es el poeta que siempre acata la voluntad divina, reconfortándose con la auténtica resignación cristiana (“El ama”, “Lo inagotable”, “El amo” o “Treno”); es el poeta que lejos de todo panteísmo a lo clásico se hace adoración y acción de gracias desde lo creado (“Cara al cielo”, “En todas partes”, “Canto al trabajo”), que desde luego se torna devoción y fe compartida con los más humildes (“La pedrada”, “Adoración”, “Del charrete al baturrico”).

De toda su vida orientada a Cristo nace ineludiblemente el hombre-poeta social y el poeta cantor de la familia. Nos referiremos someramente a este segundo aspecto, para abordar por último la cuestión social. De entre los temas inagotables de su poesía, la familia se nos acerca entre sus versos como una constante envidiable y dulce; aquí y allá, donde menos lo esperemos, aparecerá la alusión a un padre, a un hermano, a un hijo o a un abuelo. No en vano la madre y el campo hicieron al poeta, porque en todas las pequeñeces de lo doméstico, nacen las grandezas del

¹¹ Fernández-Daza Álvarez, Carmen, *op. cit. supra* nota 7, págs. 42-47.

¹² Gabriel y Galán, José María, *op. cit. supra* nota 8, pág. 189.

hombre: el sentido religioso, el amor, la fecundidad que sacude a la muerte... Tal vez no exista en la literatura española un poeta tan eminentemente hogareño como Gabriel y Galán. Pero su canto a lo doméstico no debe confundirse con el sentir costumbrista ni a él igualarlo a la pléyade de escritores que, desde una concepción burguesa, reflejaban un modo de vivir acomodado y estrecho; verdaderamente para Galán la vida familiar era la única vida, y todos los elementos de esa vida (la vida) conformarán los versos de “El ama”, todos excepto la fecundidad, el pervivir en una fértil continuidad de generaciones, vida de otros recibida para ser vida luego, que es un tema permanente en la obra poética de Gabriel y Galán (“¿No soy yo vida nacida/de vidas que a mi se dieran?”); tema inspirador de un rústico *Ubi sunt*, canto a la paternidad cumplida en *El Cristu benditu*. Esta idea de la fértil continuidad, que vence a nuestro ser de arcilla, y por ello infunde sosiego se repite en numerosos poemas galanianos: “Canción”, “Las sementeras”, “Los dos soles”, “Noche fecunda”, “La embajadora”, “Fecundidad”, “la flor del espino”..., etc.

Muy relacionado con este aspecto, es conveniente señalar que entre las dualidades que aparecen en la obra de Gabriel y Galán, la constante contraposición de la vida y la muerte, se hace en ocasiones comunión, porque esa fecundidad a la que nos hemos referido, conlleva la negación de la finitud, al impedir que se trunque la cadena de siglos que fueron vida (“Porque mis muertos no mueran”, dice Galán); de ahí que muerte y vida, frente a frente en algunos poemas (“El ama”, “Lo inagotable”, “El amo”, “Blanco y negro”) puedan hermanarse en otras composiciones (“Canción” o “Tradicional”).

Pero deseo extenderme especialmente, sin tapujo alguno, en el segundo aspecto apuntado anteriormente, en su condición de poeta social, contraponiéndome así a las voces que se han alzado con injusticia confundiendo el asunto político (Galán aborreció toda su vida la política) con el hecho social.

Reivindicar al charro como un poeta social es sin duda retomar un convencimiento añejo y poco novedoso, si tenemos en cuenta que la primera voz que así lo reclamó fue la de Emilia Pardo Bazán en el prólogo de *Nuevas Castellanas* y a la que en los primeros años del siglo XX secundaron otras voces como la de Henríquez Ureña¹³. No obstante, a pesar de la consideración positiva en este sentido de algunos de sus críticos contemporáneos a nosotros (muy recientemente los artículos firmados en

¹³ Henríquez Ureña, Pedro, “José María Gabriel y Galán”, en *Horas de Estudio*, Ed. Literarias y Artísticas, París, 1907.

HOY el 6 de enero de 2005 por Teresiano Rodríguez y Jesús Gabriel y Galán Acevedo)¹⁴, y del estudio más extenso de Sánchez de Horcajo¹⁵, se ha tenido cierto pudor o cierto miedo en declarar el compromiso social del autor que entre sus versos confesaba: “mi voz han velado/ gemidos de indignación”; por contra, algunos críticos, como Arturo Souto o Antonio Merino Vicente, con absoluta rotundidad han entendido fuera de toda razón considerar a Galán un escritor social. Para uno, Gabriel y Galán no era un poeta natural puesto que tendía a escamotear todo lo miserable, todo lo injusto y sombrío que rodeaba a la vida de los pastores y labriegos; para el segundo, sería osado, parcial o inexacto hablar de Gabriel y Galán como un poeta social¹⁶.

Permítanme, pues, que sea yo esta mañana osada, parcial o inexacta, tal vez porque parcial es este sambenito que pende del salmantino como una losa que no parece repare la distancia de los años transcurridos desde su muerte y que en parte tiene un origen literario nítido y conocido, que arranca del novelista extremeño Felipe Trigo.

Es sabido que Gabriel y Galán despreciaba profundamente el naturalismo, al que llamaba “inmortal enemigo poderoso de todo mi yo” y no es menos sabido que aborrecía la novela erótica que comenzaba a triunfar en la España de principios del siglo XX; son muy numerosas las referencias en su epistolario a esta aversión literaria, aunque tal vez las más conocidas se encuentren en las cartas dirigidas a su amigo José González Castro (Crotontilo) publicadas por Mariano Santiago Cividanes en 1918. En ellas, las críticas vertidas al amigo, a Crotontilo, por sus inicios narrativos teñidos de naturalismo y de “ciertos atracones eróticos” (decía Galán) en los que no faltaban diálogos obscenos y groseros, eran consecuencia de la visión ejemplar de la literatura, de la misión redentora que debía cumplir el arte para Gabriel y Galán. Por ello, tal como bien ha apuntado Bernal Salgado, en sus versos era imposible que habitase el turbio inframundo, demoníaco, fatal erótico y grotesco, que hallamos en la poesía finisecular, y tampoco el refinamiento decadente, el exotismo y cosmopolitismo de fin de siglo.

¹⁴ Rodríguez Núñez, Teresiano, “Pan y cultura, la limosna exigida de un poeta” en “Gabriel y Galán en el centenario de su muerte”, *HOY*, jueves 6 de enero de 2005, págs. 13-14 y Gabriel y Galán Acevedo, Jesús, *idem.*, págs. 2-5.

¹⁵ Sánchez de Horcajo, Juan José, *La poesía social en Gabriel y Galán*, Torrejón-Madrid, El Reino, 1988.

¹⁶ Merino Vicente, Antonio, “Gabriel y Galán, José María” en *Gran Enciclopedia Extremeña*, Mérida, Ediciones Extremeñas, S.A., 1991, vol. 5., págs. 80-84. Véase allí la referencia a Souto, Arturo.

Mas esta repulsa no significaba un desconocimiento de la realidad por parte del poeta, ni mucho menos el deseo de encerrarse en una torre de marfil para eludir los horrores que acompañan a la vida. Muchas veces censuró a quienes le malinterpretaban, a quienes no entendían que no era necesario calcar o exagerar los cuadros más terribles de esa vida para generar inquietudes en los lectores, ansias de mejorar el mundo.

De hecho el campo en la obra de Gabriel y Galán no es un huerto, ni una fantasía poética o una ensoñación bucólica, donde fácilmente puede entonarse el *beatus ille*. Bien es verdad, que si con pinzas entresacamos algunos hilos podremos hallar alusiones a un posible *locus amoenus* (en el poema *Castellana* o *La Espigadora*), pero ahondando más hallaremos que es un locus amoenus identificado generalmente con el entorno familiar (el huerto/herencia de sus mayores, la serenidad del paisaje en vida de la madre). El campo de Galán es la besana, con faenas cumplidas y malas cosechas; con quintameriendas y achicorias, con malvas e hinojos; con sementeras y granizo; es campo de sudor y cansancio; a veces de hambre. Es campo vivido y trabajado.

En este sentido nunca he caído en la tentación, en mis repetidas lecturas del vate charro, tal vez por conocer la vivencia personal de Gabriel y Galán, y sin duda por el tono de su poesía, de entender el denuesto de la corte y el elogio de la aldea galanianos cosidos a la utilización del tópico como reminiscencia literariamente aprendida y recurrencia retórica, sobre todo porque sabemos que en la historia literaria este tópico ha sido machaconamente explotado desde Horacio por quienes en placidez de la corte, como Guevara, imaginaban la felicidad de la vida campestre, o quienes parcialmente rememoraban su bonanza por alguna incursión comodona en el entorno rural. Es decir, que quizás por vez primera en la historia literaria halla yo encontrado un poeta que, lejos de asumir para sí un motivo poético recurrente, haya escrito sobre él por su verdadera aversión a la ciudad; y haya versificado el denuesto de la corte viviendo en la aldea, y sabiendo lo que es el campo, porque en el campo trabajaba.

Y los campos son también sus gentes, campos poblados de vaqueiros, de gañanes y labriegos, paseando por ellos sus virtudes y miserias; tipos rurales que estallan a veces con alegría en bailes y fiestas con el sonido de badiles, de pandерetas, de tambores y bandurrias, y que son en otras ocasiones desolación y miseria, hambre y maldad. Los campesinos no adquieren en la obra de Galán los tintes idealistas, casi heroicos, que les otorgaba Unamuno desde su atalaya del 98. No son los “los guardianes de los valores intrahistóricos”, como los definiría D. Miguel (“¡donquijotesco Unamuno!”, dirá Antonio Machado). En las páginas de

Gabriel y Galán las gentes del campo aparecen retratadas de manera menos irreal. Bien es verdad que no estamos ante la crudeza (o mayor realismo) de Antonio Machado al mirar a esos “atónitos palurdos sin danzas ni canciones”. No son los ojos de Galán los del poeta sevillano, contemplando con horror la “barbarie española” de los pueblos, pero desde luego tampoco está cargada su mirada de la ilusión costumbrista del vivir campesino que encontramos en Fernán Caballero o en Pereda. Gabriel y Galán no escribe desde la ensoñación costumbrista o el melindre burgués. De ahí, que desde mi individualidad lectora, no comparta del todo la lectura del fino filólogo y acertado crítico José Luis Bernal Salgado, quien en la deliciosa prosa a la que ya nos tiene acostumbrados, y aun apuntando las vestiduras realistas de los versos del charro, se refiere a la “evasión” literaria de Galán, embadurnada de una pátina arcádica, idealizada y bucólica¹⁷. Pero no es nada idílico, nada poético, dirá Galán, que un cerdo te de un hocicazo y te llene de brebaje los pantalones”; no es un paraíso tratar con las “gentucas de la aldea” porque “al par que cosas buenas, tienen miserias morales que repugnan al estómago más fuerte”, decía a Casto Blanco Cabeza el 15 de agosto de 1900¹⁸. Era éste un sentimiento compartido con su amigo, el teósofo y escritor Mario Roso de Luna, quien desde Logrosán escribía:

“¡Cuán triste vida la de los villorios de España, tales como en el que vivo! Al estudiarlos teme uno que no se lleguen a regenerar nunca, ni por tanto la patria, y si no sería mejor una conquista ya que ellos son una verdadera continuación del aduar marroquí y la taifa berberisca. ¿Me creería usted si le dijese que en esta cabeza de partido vivimos rodeados de cerdos (con perdón, así se llaman), uno de los cuales acaba de penetrar en mi despacho; que existe un basurero delante de cada casa, pues no hay barrenderos, policía municipal, matadero, ni nada...?”¹⁹.

Gabriel y Galán conocía muy bien las bajezas que cobijaban los pueblos, no importaba el estrato social del que nacieran. Y así, junto a sus duras censuras a la burguesía, aparecen retratadas las miserias de la clase más desfavorecida. Galán conocía el dolor de la infidelidad que el interés, mas que el amor, mueve y así lo retrató en “Dos amores”; sabía de la mezquindad de unos celos rayanos en la brutalidad, que dibujó en el

¹⁷ Bernal Salgado, José Luis, “Epifanía de Gabriel y Galán”, *op. cit. supra* nota 14, págs. 15-16.

¹⁸ Gabriel y Galán, *op. cit. supra* nota 4, pág. 265.

¹⁹ Roso de Luna, Mario, “Confesiones”, en la *Revista de Extremadura* (III), Cáceres, 1901, págs. 409-410.

poema “La ciega”; será una mujer jurdana símil de lo salvaje, “una flaca loba joven” (“La Jurdana”) y una cabrera el símbolo de la inmundicia humana, capaz de hurtar a un recién nacido de su cuna “con hórrida codicia calculada” (“Los sedientos”), nos hablará Galán de ruines mujeres y hombres huraños y entecos, enjutos y cansados, hediendo a ubre sus trajes de pellejo...

Mas la esperanza en el hombre predominará siempre sobre todo cuadro efectista y morboso y, aunque asoman las tinieblas en su pluma, su pretensión será cantar la bondad, no recrearse en lo miserable y bajo, ni mucho menos enfrentar entre sí en combate a las clases sociales. Él mismo afirmará que era uno de sus propósitos literarios, cantar el bien porque:

“cada himno al bien –decía a su amigo José González– es un salvazo al mal [...] Porque amar mucho la luz ¿no es detestar las tinieblas? Adorar la libertad ¿no es odiar la tiranía? Hacer amable la virtud ¿no es una condenación del vicio? Son dos procedimientos para lo mismo, con la ventaja para el mío de que me doy o le doy a los demás atracones de aire limpio y no festines de carne que hiede a muerta. Esto último en literatura, ya te lo he dicho en otras ocasiones, lo considero más fácil que aquello, y hasta más accesible para todos y de mayor efectismo [...] El enfermo, el podrido, el desesperado necesita y quiere mejor, y hasta le aprovecha más que le canten las excelencias de la salud que lo feo de sus culpables miserias”²⁰.

En otra carta dirigida a Crotontilo volvía a insistir sobre lo que acabamos de expresar. Gabriel y Galán contestaba a una epístola anterior del amigo, epístola que servía de presentación al manuscrito de una novela. La intención de Crotontilo fue conocer la opinión de Galán sobre sus dotes literarias, y al hallar el charro cierta influencia naturalista entre sus líneas junto al regusto repetido por los cuadros eróticos, le manifestó lo siguiente:

“El lenguaje que pones en boca del médico o del que tú mismo empleas para pintar, verbi gracia, las reuniones del señorío femenino en casa de Yévenes, es demasiado violento, excesivamente grueso, agresivo, sañudo... Lo que más me desazona del libro son ciertos episodios, ciertas escenas, y algunas frases sueltas que huelen que apestan a una cosa que no es arte. Dos o tres escenas íntimas [...] muchas de las que emplea Ramiro en sus juicios sobre las gentes del pueblo; sus denuncias sobre horribles intimidades conyugales, el espantoso episodio del muchacho y la yegua... ¿Por qué haces eso, hombre, si sabes que ello no es arte?... Ni siquiera es original el procedimiento, porque todo hombre que sepa escribir cuatro ren-

²⁰ Gabriel y Galán, J.M., *op. cit.*, *supra* nota 8, pág. 188.

glones en limpio, sabe escribirlos en sucio. ¿Me niegas esto? ¿Me niegas que todos somos capaces de dejar en cueros vivos las cosas... y las personas, escribiendo y describiendo en ese estilo brillantemente grosero, hasta producir sensaciones de visión real en el lector y estropearle el candor si es un chiquillo, y el estómago si es un hombre que sepa serlo de veras?... Lo difícil, lo portentoso del Arte es que éste consiga dar al lector, en la precisa medida, y a distancia, la sensación necesaria, sin meterle la cabeza en el fangal, sin estropearle la inmaculada pechera, porque al que limpia la tiene, no lo dudemos, le fastidia que se le llene de fango”²¹.

Pero esta visión galaniana no significaba (su obra lo certifica) escamotear todo lo miserable, sino que antes al contrario, Gabriel y Galán, debido a la profundamente sentida concepción cristiana del mundo (“si eres buen cristiano, lo serás todo después”, afirmaba el poeta), debido al convencimiento de la misión pedagógica de la literatura, detestaba casi tanto todo cuadro efectista cuanto la mera descripción vacía de contenidos, la “ñoñería” literaria, expresaba él. Y así lo refería a José González Castro, diciéndole:

“Cualquier cosa en literatura resisten los nervios míos mejor que una cosa ñoña. Esto no quiere decir que no se me encalabren también con las porquerías, pero las ñoñeces ¡ay! no las puedo resistir. Pero lo siento por los demás, que no todos tienen filtros para las aguas que beben... Bien me comprendes: ¿no sabes que el pueblo bajo es un bruto por culpa nuestra, y que ya que lo dejamos ser bruto no debemos hacerlo también cerdo? Bien sabes que no digiere. ¡Oh! si le hubiésemos enseñado a digerir, ya podría-sele hablar de otra manera. Y bien comprenderás que el pueblo bajo de autos no lo forman precisamente los tíos más tíos, porque esos no leen más que el calendario zaragozano”²².

Tras lo expuesto, es fácil entender que escritores con concepciones radicalmente opuestas sobre la literatura y la vida en general vertiesen violentas críticas contra quien aborrecía tan frontal y visceralmente el naturalismo. Es curioso cómo los prologuistas de Gabriel y Galán, incluido por supuesto Unamuno, sintieron que la poesía de Galán era un revulsivo contra la corriente modernista que tanto deseaban combatir los escritores del 98, una corriente literaria a la que nunca abiertamente atacó Galán (y cuyo lejano eco encontramos en algún poema del charro, o en algún relato, sea *Es un cuento*), y sin embargo asombra el que casi ninguno de

²¹ *Idem.*, págs. 240-242.

²² *Idem.*, pág. 235.

sus encomiastas mentores entendiéndose que la obra galaniana era una confrontación abierta al naturalismo realizada desde la posición de un realismo ideologizado.

Ya avanzábamos cómo la pluma de Felipe Trigo hizo flaco favor a Gabriel y Galán; y cómo esta encendida oposición aumentó con el tiempo, ya muerto el poeta, al ser el charro consagrado por otros escritores como el más señero abanderado del pensamiento cristiano y conservador, y a menudo el nombre de Galán, era traído a colación en las encendidas censuras vertidas contra Felipe Trigo en prensa, sea el caso, por ejemplo, de Antonio Reyes Huertas quien desde el *Noticiero Extremeño de Badajoz*, atacó copiosamente al de Villanueva, siendo especialmente virulenta la censura contra su obra aparecida en ese periódico el 4 de junio de 1910.

Recordarán ustedes que en el capítulo quinto de la novela de *Jarrapellejos* de Felipe Trigo, Gabriel y Galán aparece como el prototipo conservador, evangelio del cenáculo burgués de los caciques de La Joya. El fragmento, en el contexto de la novela, encierra además una crítica feroz por parte de Felipe Trigo a la consideración que algunos hacían de Gabriel y Galán como poeta social, en cuanto su exhortación al resignado trabajo y al necesario sudor evangélico para conseguir el pan de cada día, al entender parcial en grado sumo de Felipe Trigo, está teñido de tintes hipócritas. El narrador de *Jarrapellejos* escribía:

“En todas las casas decentes del pueblo, gracias a la propaganda de los vates, y de Orenca (que odiaba las novelas) había tomos de Gabriel y Galán para leerlos en familia durante las veladas invernales. Códigos de moral sencilla, expresados con belleza soberana, y cuya difusión gratuita entre los pobres habríase llevado a efecto (...) de no haber sido porque el sagaz Jarrapellejos opuso una objeción: los braceros no sabían leer casi ninguno..., y los que sabían era mejor que no leyesen, ante el temor de aficionarlos y que pasasen luego a lecturas peligrosas (...) a La Joya iban llegando suscripciones de El Socialista y La Conquista del Pan, y otros folletos subversivos...”.

Debido precisamente al uso y abuso que tras su muerte se hizo de su persona en homenajes, prensa y tertulias sociales, y a la politización de alguien que aborreció siempre el hecho político, el menosprecio infundado hacia su persona se ha mantenido durante muchos años; y aún hoy no se han sosegado del todo las censuras de buena parte de la crítica hacia la obra de Gabriel y Galán, realizada en muchos casos por quienes nunca conocieron ni su vida ni su obra, y como en tantos casos con-

fundiendo lo social y lo político. Al vate charro, lo incluyo yo, en mi particular visión, y desde la mirada del juicio crítico literario más aséptico, entre ese conjunto de escritores, sean de izquierdas o derechas, conservadores o progresistas, a los que se ha politizado con desconocimiento, y a quienes se les ha hecho flaco favor, al encumbrarlos o depreciarlos *postmortem* por cuestiones ajenas a su trayectoria literaria y vital.

Hasta tal punto ha llegado ello, que en la Enciclopedia Extremeña, Antonio Merino Vicente afirmaba que “su ideología y la clase social a la que pertenecía, la burguesía rural” suponen un alejamiento de los principios de los que emana la poesía social; una poesía que, según algunos críticos del siglo XX, sólo puede ser entendida como una ruptura y revolución violenta²³.

Entiendo que antes que ser impedimento, su ideología (esto es, el conjunto de ideas que conforman el pensamiento del hombre) fue sostén para acrecentar su inquietud por la necesidad de mejoras sociales, en tanto la preocupación social hendía sus raíces en un auténtico y vivido sentimiento cristiano de la vida, y por ello en la práctica de la caridad y de la justicia; de ahí la expresión del poeta “mi voz han velado gemidos de indignación”. Su ideología era el cristianismo puro y vivido, alejado de las vanidades del mundo; alejado de la búsqueda del buen acto por el testimonio publicitario; su ideología, por tanto, no era la afiliación política a la derecha o a la izquierda. De igual modo, su mediana posición económica (desde luego no espléndida), y por supuesto el alejamiento de la política hicieron que con una mayor holgura y facilidad pudiese ayudar a los menos favorecidos, de ahí que fuese acción en Guijo de Granadilla: a él se debe en parte la escuela, la mejora de los caminos rurales, la defensa de los débiles en procesos judiciales, etc.

Respecto a su pretendida por muchos sobrada riqueza, hemos de hacer alguna matización. La sinceridad de su epistolario deshace por completo la extendida idea de su desahogada bonanza económica. A un lado la descripción realizada en muchas de sus cartas acerca de su trabajo en Guijo de Granadilla y de la sencillísima vida que practicaba en el campo, cuajada de incontables faenas (que, por cierto no eran las propias de un señorito), tal vez sea significativa a nuestro propósito la confesión realizada a su amigo Mariano de Santiago Civitanes el 5 de julio de 1903. Por aquel entonces Gabriel y Galán tenía tres hijos y, aunque detestaba la vida en la ciudad, en aquellas fechas decía soñar con ella, pero ese sueño sólo se sustentaba en un deseo, el que sus hijos pudiesen estudiar en Madrid

²³ Vicente Merino, *op. cit. supra* nota 16.

o en otra ciudad española. Sus escasos recursos económicos le imposibilitaban cumplir tal anhelo y con dolor le escribía al amigo:

“Y ten muy presente que yo, que no quiero ni bien ni mal a la ciudad, estoy soñando con ella, y no por mí ciertamente. Tengo ya tres hijos varones y tiemblo de pies a cabeza cuando me pongo a pensar en estas dos negaciones: que en el pueblo no me es posible educarlos, o mejor dicho, instruirlos cual yo quisiera, y a la ciudad no he de poderlos enviar por falta de dinero para en ella proporcionarles lo que más arriba digo. Y hay otra puerta que también está cerrada para mí: trasladarme yo a la ciudad con mis hijitos, cosa imposible porque yo no tengo pan en la ciudad. ¿Ves que problema estoy viendo ya venir desde muy cerca? Porque si un solo hijo tuviera, podría hacer el sacrificio, tal vez sin grandes esfuerzos, pero para tres no tengo más que mi confianza en Dios...”²⁴.

En su epistolario, como eco del conocido pasaje novotestamentario, y como fruto de su personal experiencia, aparecen abundantes alusiones a su desprecio por los voraces atesoradores de riquezas, por esos ricos ansiosos de engordar aun a medra de los necesitados. “Esos ricos, tan bárbaramente ricos –decía el poeta– que nos desprecian”. Esos ricos a los que bárbaramente había que despreciar, “porque saben lo que no saben los sabios: ganar dinero a quintales”²⁵. Incluso, más allá, aborrecía a quienes hacían carrera política o sindical debatiendo los problemas sociales y obreros sin conocerlos *in situ*, sin actuar, movidos por el único fin de sostener una hipócrita credibilidad social de bienhechores o un cierto estatus económico. En una carta sin fecha dirigida a Mariano de Santiago Gabriel y Galán le explicaba que en un viaje realizado a Madrid había almorzado en el Ateneo, y tras el almuerzo, el amigo con el que compartía mesa le había invitado a que se quedase en una tertulia donde iba a debatirse el problema obrero. Gabriel y Galán declinó enseguida tal invitación por el “serio asco” que le infundían esos parlanchines sociales. Y escribió:

“Decliné tan alto honor y regresé a Salamanca aquella misma tarde, desoyendo los ruegos que me hizo el amigo para que oyera a los ¿sabios? que al poco rato iban a continuar ¿resolviendo? el problema obrero...”

¿Has visto que manera tan cobarde de adular a esa legión de infelices que para comer necesitan trabajar (como tú y como yo lo necesitamos después, aunque sea en orden distinto)? Créeme que yo no tomo en serio el asco que me inspiran esos monosabios, la mayoría de los cuales se morían de hambre por impotencia el día que se dijera “el que quiera pan, que lo

²⁴ Gabriel y Galán, J.M., *op. cit. supra nota 8*, págs. 73-74.

²⁵ *Idem.*, pág. 139.

gane, y el que no, que reviente de hambre. ¡Sí, en el fondo, todos somos obreros... menos ellos!”²⁶.

En otra carta encaminada a su amigo José González, Gabriel y Galán procuraba explicarle con cierto enojo cómo la tradición y la resignación cristiana que él defendía caminaban muy lejos del concepto que el amigo había malinterpretado, y le aconsejaba que no se hiciese demasiado sindicalista, porque para resolver las desigualdades sociales no bastaba con tener buen corazón. Le explicaba cómo se hallaba cansado de escuchar predicar a los pobres fáciles cosas, cosas que no sabía si a la larga iban a perjudicarles; le decía cómo “el veneno de la más cobarde de las adulaciones que se les ha suministrado a grandes dosis por una burguesía amedrentada estaba dando sus frutos”, pero añadía “no los frutos de una legítima protesta, a la que tenían derecho, sino los frutos naturales de cierta pasión avasalladora...”²⁷.

Respecto a la resignación le expresaba: “Que amo los tiempos en los que la digestión de los poderosos era tranquila, gracias al estado de incultura de los pobres, esto es sencillamente que me cuelgas un mochuelo que no he matado. Yo amo la tradición, sí; la amo en lo que tiene de bella y de sustanciosa, que de estas dos cosas tiene y no muy poco.

Pero la gran tradición que yo amo, no es esa que tú dices: eso es amar la propia barriga con endiosamiento y con grosería; eso, además, es un crimen: el crimen de vivir apoyado en el embrutecimiento de los demás y desear que perdure para que no se interrumpa la digestión, etc., etc.

Y luego, si tú crees que la resignación cristiana no tiene otros fines, en cuanto a los pobres, que el de aquietarlos para que no den estacazos a los ricos... ¡estás fresco!...”²⁸.

Me alegra que recientemente Teresiano Rodríguez haya ahondado en el aspecto que tratamos afirmando que Gabriel y Galán fue un hombre de profundas preocupaciones sociales, y el que haya centrado su mirada en la cuestión de las Hurdes, recientemente revisada en el magnífico estudio de la profesora Mercedes Granjel²⁹. Me alegra leer las líneas en las que Teresiano tacha de equivocados a quienes acusaron al poeta de alimentar y divulgar la llamada leyenda negra sobre las Hurdes.

²⁶ Gabriel y Galán, *op. cit. supra* nota 8, págs. 147-148.

²⁷ *Idem.*, págs. 191-192.

²⁸ *Idem.*, págs. 189-190.

²⁹ Rodríguez Núñez, Teresiano, *op. cit. supra* nota 14.

Sin duda, uno de los males que más parecían preocupar a Gabriel y Galán era la lastimosa situación de la comarca extremeña. En apoyo de esta tierra no vaciló en aceptar el cargo de delegado en Guijo de Granadilla de la Sociedad “La Esperanza”, que había nacido por iniciativa de Francisco Jarrín en 1903, con el fin de recaudar fondos para salvar el tristísimo subdesarrollo de las Hurdes. Muchas fueron las ocasiones en las que se sintió motivado a escribir en extenso sobre jurdanos y jurdanas, pero no podría hacerlo, insistía aquí y allá, hasta que hubiese conocido *in situ*, y con sobrada calma la comarca, tal como refería, por ejemplo, a Miguel de Unamuno, al comentarle su propósito de “atravesar esa región sin muchas prisa”.

Y en verdad entre sus denuncias sociales quizás sea la que dirigió al rey Alfonso XIII por la situación de abandono que vivían las Hurdes la que haya gozado de una mayor celebridad. La protesta arrancaba de un convencimiento personal, el saber que era posible la mejora de las condiciones de vida en esa comarca extremeña en contra de voces más pesimistas, como la de su amigo Crotontilo, quien ejercía de médico en Guijo de Santa Bárbara. Éste, en un artículo relativo al asunto publicado en *El Adelanto*, y que volvió a difundir en la *Revista de Extremadura*, llegaba a plantear como solución para las Hurdes la despoblación forzosa por parte del Estado, procediendo a ello “manu militari” si fuese necesario. Su violencia para la comarca y los habitantes de las Hurdes, a los que tildaba de jauría, era desorbitada y lamentable para la esperanza en el hombre de Gabriel y Galán, quien le decía: “Leí lo de las Hurdes. ¿No piensas rectificar? Yo no puedo hablar de las Hurdes científicamente, porque aún no he realizado mi viejo proyecto de visitarlas y no las conozco más que a medias y con un conocimiento que me figuro imperfecto por inexacto. No obstante, me ha parecido demasiado radical la solución que das al problema. Porque soy de los que creen que en la Naturaleza nada hay estéril e inútil, en el sentido amplio de estas palabras. Los inútiles somos los hombres, que no sabemos adaptar, aplicar y aprovechar. Aun en el caso de que el suelo de las Hurdes las haga inhabitables ¿se sabe ya que el subsuelo no podría hacerlas ricas y bien pobladas?”³⁰.

En septiembre de 1904 Alfonso XIII visitaba Salamanca y con tal ocasión la revista *Las Hurdes* dedicó un número especial al viaje. En esa tirada extraordinaria Gabriel y Galán publicó un poema dedicado al rey. Su voz se unía así a la de muchos extremeños que se habían ocupado de la comarca con anterioridad: Pascual Madoz, Bravo Murillo, Martín

³⁰ Gabriel y Galán, J.M., *op. cit supra* nota 8, págs. 147-148.

Santibáñez, Vicente Barrantes, quien la llamó “comarca extraña y maravillosa”³¹, o Manuel Castillo. Pero la voz de Galán no era la del estudioso, ni la del ensayista, ni la del explorador, que vuelven a casa, tras su viaje, con las carpetas cargadas de apuntes, dibujos y vivencias, para contrastar lo visto y exponerlo luego sin más con la curiosidad de quien descubre *ex novo* una rareza; tampoco era la suya la voz del médico, ni la del científico, como las de Bidé y Saint-Sand, que describieron los males y las penosas enfermedades de las Hurdes. La suya era la voz del sencillo poeta, pero la voz de protesta y de denuncia. Y se dirigió al rey con un poema que iniciaba del modo siguiente:

Señor, en las tierras hermanas
de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos
nuestros míseros hermanos
de las montañas jurdanas

Alfonso XIII, que solicitó todos los números publicados de la revista *Las Hurdes*, reconocería que su primera noticia sobre la lastimosa situación de la comarca le llegó gracias a los versos de Gabriel y Galán (¿tal vez fuese el crudo poema que había titulado *La Jurdana*?) Enterado el poeta de este hecho no le dio más importancia que la que se debe a un suceso anecdótico, y así se lo refería por carta a su amigo Mariano de Santiago:

“El [rey] pidió todos los números de Las Hurdes anteriores al extraordinario y dijo a los que le presentaron el grupo de jurdanos: “conozco las Hurdes por una poesía de Gabriel y Galán, que leí no sé cuando, y que lo confieso, me impresionó profundamente”. Y añadía Galán: “Y basta ya de jurdanos y de reyes, que son seres unos y otros que no parecen todos hijos de Adán y Eva, porque... ¡qué horrendas desigualdades Dios mío!”³².

Desgraciadamente Gabriel y Galán no pudo ser testigo del viaje que realizara a las Hurdes el rey Alfonso XIII en 1922, un rey que en teatro Bretón de Salamanca, ese septiembre de 1904, tal vez percibiese la ironía que va hilando los versos del tío Roque, y el deseo de que aquella visita rebasase la fronteras de lo turístico y lo publicitario, cuando decían:

³¹ Barrantes, Vicente, *Las Jurdes y su leyenda*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1891.

³² Gabriel y Galán, J.M., *op. cit supra* nota 8, pág. 233.

Yo no sé
 Pero yo me magino
 de que el rey no vendrá a ver la plaza
 que en queriendo fiajarse una miaja
 se ha de ir a Palacio enterao
 de ma e cuatro lástimas
 que, si a mano viene,
 podrá remediártelas.

Esta visión de la literatura con fines pedagógicos y sociales la hallamos repetidamente en la correspondencia de Gabriel y Galán. De hecho, en una de las cinco cartas inéditas del poeta que se encuentran entre los papeles de Mario Roso de Luna, adquiridos en Argentina por el profesor Esteban Cortijo, hallamos una epístola que desvela la inquietud galaniana porque las publicaciones periódicas de la región extremeña se dedicasen a asuntos más comprometidos con el desarrollo de la tierra. De alguna manera parece que Galán, a pesar de su admiración manifestada en muchas ocasiones por la *Revista de Extremadura*, la está tachando de conservadora y distante, de despreocupada por el problema social y cultural extremeño. Lo decía quien, hacía mucho tiempo, “había abandonado el idealismo inocentón” en la concepción de lo literario.

Resulta curioso que numerosos críticos actuales continúen considerado en cierto modo progresista a la *Revista de Extremadura*, cuando la realidad para quienes la han leído y revisado por completo resulta del todo diferente; cuando creemos, tal como pensara Gabriel y Galán, que entre las páginas de la revista escaseaba la preocupación social y el soporte intelectual que procurase luchar por el desarrollo en Extremadura. En este sentido nos sumamos a las opiniones vertidas en el monográfico que sobre *La Revista de Extremadura*, publicase la Editora Regional de Extremadura. Entre las páginas de la publicación cacereña son inexistentes los ensayos ideológicos donde se analizasen las causas socioeconómicas, políticas o de cualquier otra índole sobre la situación de miseria en la que vivían muchos extremeños³³.

De igual modo aún existe la tentación infantilona y maniqueísta de dividir a los escritores en dos bloques contrapuestos cuando las concepciones más íntimas de sus pensamientos se perciben visiblemente alejadas. Pongamos como ejemplo al teósofo y heterodoxo escritor Mario Roso

³³ Cortijo, Esteban (coord.), *La Revista de Extremadura (1899-1911)*, Mérida, Ed. Regional de Extremadura, 2001.

de Luna y al católico y ortodoxo poeta José María Gabriel y Galán. Pues bien ambos se prodigaban admiración y respeto y entre ellos existían los lazos que la amistad suele prodigar, tal como la correspondencia privada nos ha demostrado con creces. La apertura intelectual de los dos colaboradores de la *Revista de Extremadura*, su carácter dialogante y la transigencia ideológica es una realidad fácilmente demostrable. Nada más lejos del ideario de Galán que el sentimiento trágico de la vida unamuniano y, sin embargo, ¿no le dispensaba admiración y respeto? Baste recordar cómo Gabriel y Galán tildaba de antigualla a la extrema derecha, cuando se abstuvieron de compartir con él una velada literaria en Salamanca por la amistad compartida con Miguel de Unamuno. Y así lo refería a su amigo Miguel de Santiago el 2 de noviembre de 1903: “Yo, como sabes, estuve en Salamanca. Allá me trataron bien. No estuvo mal el banquete. Se abstuvieron muchos de la extrema derecha y los catedráticos de la Universidad porque no digieren a Unamuno. Esto de los de la extrema derecha me tienen muy sin cuidado, y el día que me tiren de la lengua ya les diré yo... porque el almuerzo se les ha atragantado”³⁴.

Pero, volviendo a la carta de Gabriel y Galán, dirigida a uno de los directivos de la *Revista de Extremadura*, Juan Sanguino, escuchemos sus propias palabras refiriéndose a la necesidad de que la revista se convirtiese en un foro de mayores miras, de que la revista se ocupase de *lo otro*, de lo social. Y escribió:

“Celebro que haya conocido a Crotontilo, mi buen amigo también. Es, ante todo, un gran corazón. Y, luego, una pluma que puede y hasta sabe hablarnos algo desde la Revista. No creo que por estos pueblos de Dios andemos tan sobrados de ingenios que debamos o podamos prescindir de quien puede enviar algo a la ciudad, siquiera en justa correspondencia de lo que la ciudad nos envía, que es casi todo lo que tenemos en este orden de cosas.

Efectivamente, Roso me ha invitado , honrándome mucho, a saborear de los encantos del Ruedas y... cantarlos como pueda. Y le he dicho lo que a González Castro: que hoy no puedo, pero que desde hoy, quiero, y que mañana lo haré, si Dios me deja. Hay mucho por hacer en esta tierra de Extremadura en tal sentido. ¿Por qué y dónde estarán durmiendo los que pudiesen hacerlo como Dios manda?

La Revista ¡yo lo creo! está haciendo mucho bueno, pero se ocupa principalmente de otros menesteres que le roban el tiempo y el espacio. ¡Y que bueno fuera hacer algo de lo otro!”.

³⁴ Gabriel y Galán, J.M., *op. cit.*, *supra* nota 8, pág. 163.

En Gabriel y Galán se produce una correspondencia perfecta entre vida y arte; encontramos en la voz del poeta social, la idéntica preocupación por el prójimo y el desfavorecido que recorre su actuar civil y su correspondencia y que distancia el quehacer literario de Gabriel y Galán con el de otros escritores de su tiempo, más encerrados en sí mismos, o empeñados en lo literario como modo de evasión. Era esa necesidad vital de ser en la palabra escrita.

Más deseamos insistir en la idea antes apuntada: cómo la denuncia social en la obra de Gabriel y Galán no persigue el enfrentamiento entre clases sociales; cómo la acusación de las desigualdades entre los hombres no se sustentan en el ataque; cómo no zahiere de modo violento al que goza de mejor posición. Pero sí hay una denuncia expresa. La escuchamos, por ejemplo, en los poemas titulados “Las cuentas del tío Mariano” y “Los postres de la merienda”, escuchamos en ellos las quejas ante la desidia y los abusos prodigados por el amo a los protagonistas. De igual manera que escuchamos la queja y el dolor del poeta ante la explotación infantil entre los versos de “Dos nidos”.

Existen apelaciones a los poderosos, a los opulentos, a los hombres de la cultura, reclamándoles su obligación de trabajar en pro de los desheredados del mundo.

Podríamos continuar hilando numerosos ejemplos de denuncias sociales en la poesía galaniana, pero concluyan ustedes mis pinceladas sobre el asunto recitando internamente aquellos versos que yo aprendí uno a uno de mi abuela Petra, quien a su vez los había memorizado del recitado que su padre le hizo de ellos, con ocasión de un homenaje galaniano en un teatro emeritense en el año 1913, en el que aquella niña, muerta centenaria, trajo a sus labios ese pequeño cuadro escénico, en forma de monólogo, que Gabriel y Galán incluyó entre las páginas de su libro *Extremeñas*. Creo que no existe en mi recuerdo literario ninguna denuncia mayor que ésta, ni una queja tan honda por los desheredados del mundo, *El embargo*.

A Don Juan Sanguino

Cáceres

Muy distinguido señor y amigo: A mi regreso de un viaje de quince días, me he encontrado con su grata, que le agradezco en lo mucho que vale.

Ninguna falta ha cometido conmigo, pero aún en el caso de que hubiese ocurrido alguna, habríasela yo perdonado sin previa solicitud de usted.

He visto y agradecido también en silencio, que es una forma de agradecer muy de mi gusto, los inmerecidos elogios que ha hecho V. en la *Revista* de mis modestos trabajos literarios.

Celebro que haya conocido a *Crotontilo*, mi buen amigo también. Es, ante todo, un gran corazón. Y, luego, una pluma que puede y hasta sabe hablarnos algo desde la *Revista*. No creo que por estos pueblos de Dios andemos tan sobrados de ingenios que debamos o podamos prescindir de quien puede enviar algo a la ciudad, siquiera en justa correspondencia de lo que la ciudad nos envía, que es casi todo lo que tenemos en este orden de cosas.

Efectivamente, Roso me ha invitado, honrándome mucho, a saborear de los encantos del Rucas y... cantarlos como pueda. Y le he dicho lo que a González Castro: que hoy no puedo, pero que *desde hoy, quiero*, y que *mañana* lo haré, si Dios me deja. Hay mucho por hacer en esta tierra de Extremadura en tal sentido. ¿Por qué y dónde estarán durmiendo los que pudiesen hacerlo como Dios manda?

La Revista ¡yo lo creo! está haciendo mucho bueno, pero se ocupa principalmente de otros menesteres que le roban el tiempo y el espacio. ¡Y que bueno fuera hacer algo de *lo otro!*

¿Conoce V. la *Colección Calón* de Salamanca? Un tomito mensual; el de julio lo hará Unamuno y a mí me tiene pedido el correspondiente a agosto. Creo que cumpliré mi propósito de que aquel tomito se llame *Extremeñas*, pero lo formarán seis o siete composiciones de este género.

Celebro que haya sido de su agrado el cuento que le envié últimamente para la Revista. De él no sale muy bien parada la cultura de estas pobres aldeas... ¿pero que voy a hacer yo que he tenido el sentimiento de tomarlo del natural?

A Cáceres tengo deseos de ir también a *conocer*, a dar gracias, a charlar algo... a ver lo que haya que ver.

Y para esto acepto con mucho gusto el ofrecimiento porque con V. veré más y veré mucho mejor.

Es de V. amigo afectísimo,

José M^a Galán.

Guijo de Granadilla, 12 de octubre de 1902

Sr. Don Juan Sanguino

Cáceres

Mi distinguido amigo: El Sr. Hurtado, a quien supongo ya en Portugal, me rogó enviarle a V. para el próximo número de la *Revista* la poesía que me han premiado en con Flor natural en los Juegos de Zaragoza.

Tratándose de la *Revista*, a la que tengo cariño, me duele mucho decir una sola vez que no. Pero tengo considerado como un deber, el no publicar referida composición hasta el día en que se celebren los Juegos, por razones de delicadeza que V. comprenderá perfectamente.

Antes que para la *Revista* me la habían pedido ya para unos cuantos periódicos de Castilla, a todos los cuales he tenido que negársela, como lo hice cuando los Juegos de Salamanca, cosa que vieron los del jurado muy puesta en razón y hasta en derecho para ellos. Y aunque esto último pudiera discutirse, bien comprenderá V. que mis deseos en el asunto van puramente por el camino de la más perfecta corrección posible de conducta.

Cuando alguno de estos motivos no se atraviesa, yo jamás negaré mis pobres escritos a cualquiera que me los pida, y mucho menos a la *Revista de Extremadura*, de la cual he sido siempre panegirista entusiasta en todas partes.

Otra cosa tenía preparada para la *Revista*, pero me ha detenido de enviarla la petición concreta de nuestro común amigo el Sr. Hurtado, por aquello de

“allá van reyes
don piden leyes...”

No pido perdón a la *Revista* porque sé que no he pecado contra ella.

Ya sabe que muy de veras le estima su buen amigo, q. l.b.l.m.

José M.^a Galán.

Sr. Don Juan Sanguino

Cáceres

Mi querido amigo:

Unas líneas para decirle que estoy de nuevo en esta su casa, a sus órdenes y altamente agradecido a los obsequios y finezas que me ha dispensado durante mi estancia en esa ciudad, en la que he traído recuerdos imborrables y gratas satisfacciones.

No tengo tiempo hoy para más, porque mi ausencia tan prolongada ha hecho que mis diarias tareas también se acumulen y quiero vivir al día.

Cuente con el afecto y la amistad sincera de su afmo.

José M^a Galán.

(En tarjetón aparte)

Mi buen amigo: Escribí a V. sin hacer alusión a sus dos postales porque acabo de descubrirlas entre un puñado de correspondencia depositada en esta casa, por un error de la que me tenían reservada a mi regreso de Zaragoza. Gracias repetidas por sus felicitaciones, que le agradezco mucho. Supongo que habrá recibido ya dos de las cuatro poesías y encajado alguna en la Revista, si llegaron a tiempo. Mi ausencia justificará ante V. el hecho de no haberle enviado *lo otro*. Hoy ya es tarde para otro número. Ya habrá visto en los diarios zaragozanos que le envié que era cierta la información de *El Universo*, reproducida por *El Dardo*.

Cuente con su buen amigo

Galán.

Guijo de Granadilla, 9 noviembre 1902

Sr. Don Juan Sanguino

Cáceres

Mi querido amigo:

Con los cruces que han tenido nuestras postales ya no sé bien por dónde ando.

Pero, en fin, gracias por todo y allá va una composición para la *Revista*.

Preparado tenía para ella otra cosa –como le dije– Era un cuento que acabo de leer, ya para mandárselo, pero me quedo con él porque me ha parecido demasiado... *fuerte*, o cosa parecida. Creo que me meteré otra vez en él con la podadera y se lo neviaré para otro número.

Lo más pronto, pues, que me es posible, le envío la poesía premiada con el honor. El ejemplar adjunto es el único hasta ahora, entre los publicados, libre de erratas. En Aragón, en Madrid, en Bilbao desbarataron los versos, porque algunos periodistas, principalmente los de Zaragoza, con la prisa de publicar enseguida la cosa... Hubo quien la copió según la iba yo leyendo, y así quedó ello en ciertos periódicos.

Le mando también un recorte del primer periódico que acaba de publicar??

De buenísimas ganas le hablaría muchas cosas, pero estoy atareadísimo hasta un punto inimaginable.

Es de V. amigo afmo. S.S.

José María Gabriel y Galán